

ANGÉLICA
MARQUESA DE LOS ÁNGELES

Anne Golon

ANGÉLICA
MARQUESA DE LOS ÁNGELES

Traducción de Fleya de Ugalde



ediciones Pàmies

Título original: *Angélique; Marquise des anges*

Primera edición: noviembre de 2007

Copyright © 2005 Les Editions du Refuge Lausanne

© de la traducción: Fleya de Ugalde at Editions du Refuge, 2007

© de esta edición: 2007, ediciones Pàmies
Carlos Alonso, editor
C/ Monteverde, 11
28042 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-06-5

Diseño de la cubierta: Mónica Verdú
Ilustración de cubierta: Iva Garo

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

MARQUESA DE LOS ÁNGELES

TOMO 1

PRIMERA PARTE

MONTELOUP

CAPÍTULO 1

1646

—Nodriza —preguntó Angélica—, ¿para qué mataba tantos niños Gilles de Retz?

—Para el demonio, hija mía. Gilles de Retz, el ogro de Machecoul, quería ser el señor más poderoso de su tiempo. En su castillo no había más que retortas, alambiques, marmitas rebosantes de caldos rojos y vapores espantosos. El diablo quería el corazón de un niño sacrificado. Así empezaron los crímenes. Y las madres, aterradas, señalaban con el dedo el negro torreón de Machecoul, rodeado de cuervos, de tantos cadáveres de inocentes como había en sus mazmorras.

—¿Se los comía a todos? —preguntó Madelon, la hermana pequeña de Angélica, con voz temblorosa.

—A todos, no. No hubiera podido —respondió la nodriza.

Inclinada sobre el caldero, donde el tocino y la col hervían despacio, revolvió la sopa unos instantes, en silencio. Hortense, Angélica y Madelon, las tres hijas del barón de Sancé de Monteloup, con la cuchara en alto junto a sus escudillas, esperaban angustiadas la continuación del relato.

—Hacía cosas peores —continuó al fin la mujer, con la voz llena de rencor. Primero, hacía que llevaran ante él al po-

brecito o a la pobrecita, asustado, llamando a su madre a gritos. El señor, tendido en un lecho, disfrutaba con su terror. Luego hacía que colgaran al niño de la pared, en una especie de horca que le oprimía el pecho y el cuello y que le ahogaba, pero no tanto como para matarlo. El niño se debatía como un pollo colgado, sus gritos se estrangulaban, los ojos se le salían de las órbitas, se ponía lívido. Y en el salón no se oían más que las risotadas de esos hombres crueles y los gemidos de la pequeña víctima. Entonces Gilles de Retz ordenaba que lo descolgaran; lo sentaba en sus rodillas, apoyaba la frente del pobre angelito sobre su pecho y le hablaba suavemente, tranquilizándole.

—No es nada, —le decía. Habían querido divertirse, pero ya se había acabado. Le darían golosinas, un hermoso lecho de plumas, un traje de seda, como si fuera un pajecillo. El niño se calmaba. Un relámpago de alegría brillaba en su mirada anegada de lágrimas. Y entonces, súbitamente, el señor le hundía su daga en el cuello.

—Pero lo peor era cuando raptaba chicas muy jóvenes.

—¿Qué les hacía? —preguntó Hortense.

Fue entonces cuando el viejo Guillaume, que estaba sentado en un rincón junto al fuego, picando tabaco, intervino, murmurando entre sus barbas amarillentas:

—¡Callaos de una vez, vieja loca! Hasta a mí, que soy un hombre de guerra, conseguís revolverme las tripas con vuestros cuentos.

La gruesa Fantine Lozier se le enfrentó con viveza.

—¡Cuentos! Ya se ve que no habéis nacido en el Poitou, ni mucho menos, Guillaume Lützen. A poco que subáis por el camino de Nantes, enseguida encontraréis el maldito castillo de Machecoul. Hace ya dos siglos que se cometieron estos crímenes y todavía se santigua la gente cuando pasa por los alrededores. Pero vos no sois de aquí y no sabéis nada de los ancestros de esta tierra.

—Buenos ancestros tenéis, si son todos como ese Gilles de Retz.

—Gilles de Retz era tan grande en el mal que ninguna tierra, aparte del Poitou, puede vanagloriarse de haber contado con un criminal semejante. Y cuando murió, juzgado y condenado en Nantes, pero arrepentido y pidiendo perdón a Dios, todas las madres cuyos hijos había comido y torturado llevaron luto por él.

—¡Esa sí que es buena! —exclamó el viejo Guillaume.

—¡Así somos nosotros, los del Poitou! ¡Grandes para el mal y grandes para el perdón!

Huraña, la nodriza ordenó los potes sobre la mesa y besó apasionadamente al pequeño Denis.

—Es cierto que he ido poco a la escuela —continuó—, pero sé distinguir lo que es un cuento al calor de la lumbre de lo que es una historia de tiempos pasados. Gilles de Retz existió de verdad. Puede que su alma vague aún cerca de Machecoul, pero su cuerpo se pudrió bajo esta tierra. Por eso no se puede hablar de él a la ligera, como de las hadas y los duendes que se pasean entre las grandes piedras que se levantan en los campos. Aunque tampoco convenga burlarse demasiado de esos espíritus traviesos...

—Y de los fantasmas, Tata, ¿puede burlarse uno? —preguntó Angélica.

—Mejor no, cariño mío. Los fantasmas no son malos, pero casi todos son tristes y susceptibles. ¿Por qué íbamos a darles más tormento a esas pobres gentes con nuestras burlas?

—¿Por qué llora la vieja señora que se aparece en el castillo?

—¿Quién sabe? La última vez que me encontré con ella, hace seis años, entre la antigua sala de guardia y el gran corredor, me pareció que ya no lloraba, quizá gracias a las oraciones que hizo decir vuestro señor abuelo por ella en la capilla.

—Yo he oído sus pasos en la escalera de la torre —aseguró Babette, la criada.

—Sería una rata, seguro. La anciana señora de Monteloup es discreta y no quiere molestar. Puede que fuera ciega. Se cree que lo fue porque extiende la mano ante sí. O quizá es que está buscando algo. A veces se acerca a los niños dormidos y les pasa la mano por el rostro.

La voz de Fantine bajó, se hizo lúgubre.

—Quizá esté buscando a un niño muerto...

—Buena mujer, vuestra alma es más macabra que la vista de un osario —volvió a protestar el viejo Guillaume—. Puede que ese señor de Retz fuera un gran hombre y que os honre ser su paisana... a dos siglos de distancia, y que la dama de Monteloup sea muy respetable, pero lo que yo digo es que no está bien aterrorizar a estas encantadoras niñas, a las que asustáis tanto que se olvidan de llenar sus tripitas.

—¡Sí que podéis dároslas de sensible vos, soldado grosero, veterano del demonio! ¿Cuántos vientres de criaturas como éstas no habréis atravesado con vuestra pica cuando servíais al emperador de Austria por los campos de Alemania, de Alsacia y de Picardía? ¿Cuántas chozas no habréis quemado, encerrando dentro a toda la familia para que ardiera con ellas? ¿Nunca habéis colgado a ningún campesino? Tantos, que las ramas de los árboles se rompían con su peso. Y a las mujeres y a las jóvenes, ¿no las habéis violado hasta matarlas de vergüenza?

—Como todos, buena mujer, como todos. Así es la vida del soldado. Así es la guerra. Pero para estas niñas aquí presentes, la vida está hecha de juegos y de historias alegres.

—Hasta el día en que los soldados y los bandidos pasen por aquí, como nubes de langosta. Entonces la vida de estas niñas se convertirá en la vida del soldado, de la guerra, de la miseria y del miedo...

Amargada aún, la nodriza abrió un gran tarro de gres lleno de pâté de liebre y untó unas rebanadas que repartió a todos, sin olvidar al viejo Guillaume.

—Yo misma, Fantine Lozier, la que os habla... Escuchadme, niños...

Hortense, Angélica y Madelon, que habían aprovechado la discusión para rebañar sus escudillas, volvieron a levantar sus naricitas, y Gontran, su hermano, que tenía diez años, salió del oscuro rincón donde estaba enfurruñado y se acercó. Había llegado la hora de la guerra y los pillajes, de la soldadesca y los bandidos, mezclados unos y otros en el mismo resplandor rojo de los incendios, del ruido de sables y de los gritos de mujer...

—Guillaume Lützen, ¿conocéis a mi hijo, que es carretero de nuestro amo el barón de Sancé de Monteloup, aquí, en este mismo castillo?

—Lo conozco, y es muy buen mozo.

—Pues bien, todo lo que puedo decir de su padre es que formaba parte del ejército del señor cardenal de Richelieu, cuando éste se dirigió a La Rochelle para acabar con los protestantes. Yo no era hugonota, y siempre había rezado a la Virgen para llegar pura al matrimonio. Pero cuando las tropas de nuestro cristianísimo rey Luis XIII pasaron por aquí, lo menos que se puede decir es que ya no era virgen. Y a mi hijo le llamé Jean-la-Cuirasse*, en recuerdo de todos esos diablos, uno de los cuales es su padre, y cuyas corazas claveteadas rasgaron la única camisa que yo tenía en aquel tiempo.

Y por lo que se refiere a los salteadores y bandidos que el hambre echó tantas veces a los caminos, podría teneros despiertos toda la noche contándoos lo que hicieron conmigo entre la paja del granero, mientras quemaban los pies de mi hombre en la chimenea, para hacerle confesar dónde había escondido sus ahorros. ¡Y yo que creía, por el olor, que estaban asando el cerdo!

Entonces, la gruesa Fantine se echó a reír, y luego se sirvió sidra para refrescarse la lengua, reseca de tanto hablar.

* Juan de la Coraza (N. de la T.)

Así, la vida de Angélica de Sancé de Monteloup se inició bajo el signo del Ogro, de los fantasmas y de los bandidos.

Para todos, Fantine Lozier tenía un nombre que daba seguridad: nodriza. Podía uno preguntarse dónde estaban los hijos de la propia Fantine Lozier, mientras ella se ocupaba de los numerosos hijos de la baronesa de Sancé, que no podía alimentarlos... Seguramente correteaban también por la cocina, llena de rumores de cuentos y que olía a sopas sabrosas y guisos en grandes calderos.

Y además, ¿dónde estaba ese hombre, «su» hombre, al que los bandidos le habían quemado tantas veces los pies? Quizá anduviera también por las dependencias del castillo, donde algunos palafreneros y unos pocos criados se ocupaban de los caballos, de traer el agua y la madera y de los establos de la casa solariega.

La nodriza llevaba en las venas unas gotas de esa sangre mora que los conquistadores árabes, los sarracenos, llevaron hacia el siglo VIII hasta los umbrales del Poitou.

Angélica había mamado esa leche de pasión y de ensueños, donde se concentraba el antiguo espíritu de su provincia, tierra de marismas y de bosques, abierta como un golfo a los vientos tibios del océano.

Había asimilado un revoltijo de dramas y de magia. Le había tomado gusto y había desarrollado una especie de inmunidad al miedo. Miraba con piedad a la pequeña Madelon, que temblaba, o a su hermana mayor Hortense, muy altanera y que, sin embargo, ardía en deseos de preguntar a la nodriza qué le habían hecho los bandidos entre la paja del granero.

Angélica, a sus siete años, sabía de sobra lo que había ocurrido en la granja. ¿Cuántas veces no habría llevado la vaca al toro o la cabra al macho cabrío? Y su amigo el pastorcillo Nicolás le había explicado que, para tener niños, los hombres y

las mujeres hacían lo mismo. Así era como la nodriza había tenido a Jean-la-Cuirasse. Pero lo que turbaba a Angélica era que, para hablar de estas cosas, la nodriza adoptara a veces un tono de languidez y de éxtasis, y otras veces del más sincero horror. Sin embargo, no había que intentar comprender a la nodriza, o sus silencios, o sus cóleras. Bastaba con que estuviera allí, gruesa y activa, con sus brazos poderosos, con el hueco de sus rodillas abiertas bajo su saya de fustán, y que pudiera acogerle a uno como un pajarillo, para cantar una nana o hablar de Gilles de Retz.

Más simple resultaba el viejo Guillaume Lützen, que hablaba con una voz lenta de acento pedregoso. Decían que era suizo, o alemán. Algunos años antes, le vieron llegar cojeando y descalzo por la calzada romana. Entró al castillo de Monteloup y pidió una escudilla de leche. Luego se quedó, como criado para todo, haciendo las reparaciones y las chapuzas, y el barón de Sancé le enviaba a llevar las cartas a sus amigos vecinos, y hacía que recibiera al sargento recaudador cuando venía a cobrar los impuestos. El viejo Guillaume le escuchaba con paciencia y luego le respondía en su dialecto de montañés suizo o de campesino de Hesse, y el otro tenía que irse, abatido.

Él también tenía historias deslumbrantes para los niños. A él, era más bien el comienzo del verano el que le soltaba la lengua, porque ésta es la estación en que los soldados hacen la guerra. Es entonces cuando los ilustres generales abandonan las cortes de los reyes en las que han bailado y se han dado la gran vida, y se unen a sus ejércitos que salen de sus cuarteles de invierno. Nunca se sabía contra qué enemigo habría que marchar o contra quién habría que batirse.

Lützen señalaba al este, hacia la dirección en que sale el sol. Hablaba de una entidad desconocida, los Imperiales. Y más allá había un emperador, como en tiempos de los romanos, y más allá todavía estaban los turcos. De hecho, había conocido una guerra que se libraba tanto en invierno como en verano, una

guerra que aún duraba. Aquellos territorios estaban tan devastados que ahora había allí más lobos que seres humanos. ¡Había caminado tanto hasta encontrar un país en el que no hubiera guerra!

¿Vino de los campos de batalla del norte o del este? ¿Por qué ese mercenario extranjero parecía bajar de Bretaña cuando lo encontraron? Todo lo que sabían de él era que había estado en Lützen, a las órdenes del condottiero Wallenstein, y que había tenido el honor de atravesar la panza del grueso y soberbio rey de Suecia Gustavo Adolfo cuando éste, perdido entre la niebla, en medio de la batalla, cayó sobre los lanceros austriacos.

En el granero donde vivía relucían al sol, entre las telas de araña, su vieja armadura y su casco, en el que aún bebía a veces vino caliente o tomaba la sopa. Su inmensa alabarda, tres veces más alta que él, servía para varear los nogales en tiempo de recolección. Pero lo que Angélica le envidiaba más era su picadora de tabaco, de concha y marquetería, que él llamaba su «grivoise», siguiendo la costumbre de los militares alemanes al servicio de Francia, a los que llamaban grivois.

En la amplia cocina del castillo, durante toda la velada, las puertas se abrían y se cerraban. Puertas que daban a la noche, por las que entraban, envueltos en un fuerte olor a estiércol, los criados, las sirvientas, y el carretero, Jean-la-Cuirasse, tan callado como habladora era su madre. También se colaban los perros, dos grandes lebreles, Marte y Mejorana, y pachones embarrados hasta las orejas.

Desde el interior del castillo, las puertas se abrían al paso de la amable Nanette, que ejercía como doncella, con la esperanza de aprender los suficientes modales como para dejar a sus pobres amos e ir a servir a casa del señor marqués del Plessis-Bellière, a pocas leguas de Monteloup. También iban y venían los dos pajecillos, con el flequillo hasta los ojos, llevando los troncos de madera para la gran sala y el agua para las habi-

taciones. Y luego aparecía la señora baronesa. Tenía un rostro dulce, ajado por el aire del campo y sus numerosas maternidades. Llevaba un vestido de sarga gris y un capuchón de lana negra, porque el ambiente de la gran sala, donde se sentaba entre el abuelo y las ancianas tías, era más húmedo que el de la cocina.

Preguntaba si la tisana del señor barón estaba preparada y si el bebé había mamado sin hacerse de rogar. Acariciaba al pasar la mejilla de Angélica, medio dormida, y cuyos largos cabellos de oro bruñido se derramaban sobre la mesa y brillaban a la luz del fuego.

—Es hora de ir a la cama, niñas. Pulchérie os llevará.

Y Pulchérie, una de las ancianas tías, aparecía, dócil como siempre. Había decidido asumir el papel de gobernanta de sus sobrinas, puesto que no había encontrado ni marido ni convento que la recibiera, por falta de dote. Y por querer hacer algo útil, en vez de gemir y de bordar tapicerías todo el día, se la trataba con un cierto desprecio y con menos miramientos que a la otra tía, la gruesa Jeanne.

Pulchérie reunía a sus sobrinas. Las sirvientas acostarían a las más pequeñas y Gontran, el muchacho sin preceptor, iría cuando quisiera a acostarse en su jergón de paja, en el desván.

Siguiendo a la flaca señorita, Hortense, Angélica y Madelon llegaban a la sala del castillo, donde el fuego de la chimenea y tres candelas apenas podían disipar los montones de sombras, acumuladas por los siglos bajo las altas bóvedas medievales. Colgadas de los muros, algunos tapices intentaban protegerlas de la humedad, pero estaban tan viejos y tan roídos por los gusanos que no se distinguía nada de las escenas que representaban, salvo los ojos espantados de lívidos personajes que parecían vigilarle a uno con aire de reproche.

Las pequeñas hacían la reverencia a su señor abuelo. Estaba sentado ante el fuego, envuelto en su hopalanda negra guarne-

cida con pieles raídas. Pero sus manos blanquísimas, posadas sobre el puño de su bastón, eran manos de rey. Llevaba un amplio sombrero negro y la barba, cortada en cuadrado, como la del difunto rey Enrique IV, nuestro señor, descansaba sobre una golilla encañonada que a Hortense le parecía, aunque se guardara de decirlo, completamente pasada de moda.

Tras una segunda reverencia a la tía Jeanne, cuyos labios desdenosos no se dignaban sonreír, llegaban a la gran escalera de piedra, tan húmeda como una cueva. Las habitaciones eran gélidas en invierno, pero frescas en verano. Sólo se entraba en ellas para acostarse. El lecho en que dormían las tres chiquillas dominaba la estancia como un monumento, desde el rincón de la habitación destartada cuyos muebles habían sido vendidos por las últimas generaciones. El enlosado, que se cubría con paja en invierno, estaba roto por muchos sitios. Para subir al lecho se ayudaban con un escabel de tres peldaños. Tras ponerse los camisones y los gorros de dormir, y luego de haber agradecido a Dios de rodillas todos sus favores, las tres señoritas de Sancé de Monteloup trepaban hasta su lecho de buena pluma y se arropaban con sus mantas agujereadas. Angélica buscaba enseguida el orificio de la sábana que correspondía al de la manta, por el que pasaba su pie sonrosado y movía los dedos para hacer reír a Madelon.

La pequeña temblaba más que un conejito por culpa de las historias que contaba la Tata. Hortense también, pero no decía nada, porque era la mayor. Sólo Angélica disfrutaba de ese temor con una alegría exaltada. La vida estaba hecha de misterios y de descubrimientos. Se oía a las ratas roer los artesonados, a las lechuzas y los murciélagos revolotear en los desvanes de las dos torres, lanzando gritos penetrantes. Se escuchaba el lamento de los lebreles en los patios, y a un mulo del prado que había venido a rascarse la tiña al pie de las murallas.

Y a veces, en las noches de nevada, se oían los aullidos de los lobos que bajaban del bosque salvaje de Monteloup hasta las

zonas habitadas. Y también, a partir de las primeras noches de primavera, llegaban hasta el castillo los cantos de los aldeanos del pueblo, que bailaban el rigodón a la luz de la luna...